

común la vida, comunes las rentas, comunes los gastos.

—Pero los pueblos tienden al individualismo.

—Te engañas. Común es para los fieles la iglesia. Común para todos los vecinos, la calle, la plaza, la fuente, el égido. Comunes para los ciudadanos, el museo y la biblioteca; común la enseñanza. Común es cada día más el trabajo. Cada vez más común, merced al establecimiento de grandes empresas y a la creación del taller y la fábrica. Comunes son, finalmente, los innumerables servicios que nos prestan el Estado, los Ayuntamientos, las Diputaciones de provincia. Se pusieron en venta no hace cuarenta años los bienes de los Municipios, y se sus-

pira porque se los restablezca. Dejo a un lado las tendencias comunistas de los jornaleros.

—¿Eres entonces comunista?

—Tan comunista como individualista. El comunismo y el individualismo son igualmente necesarios para la vida y el desarrollo de nuestro linaje. Sin el comunismo se disolverían las sociedades; sin el individualismo, perdería el hombre su personalidad, fuente de todo progreso. En el orden político y el económico son el individualismo y el comunismo lo que en el orden moral el egoísmo y el altruismo, lo que en el orden físico las fuerzas centrífuga y centrípeta. El sistema que los sintetice será el más perfecto.

FRANCISCO PI Y MARGALL

Contra la prensa de sangre

La Asociación de la prensa del profesorado ha hecho inscribir en el programa del próximo congreso de los publicistas franceses una cuestión candente: los peligros de la publicidad que la prensa da diariamente a los crímenes y a los criminales.

En cierto número de periódicos no se ve más que títulos llamativos, anuncios terroríficos con el retrato de los asesinos, la fotografía del cuchillo, el plano de la casa del crimen y las huellas de la sangre que dejaron las víctimas. Gracias a esta publicidad, estamos actualmente más al tanto de la niñez de un Soleiland que la de un Pasteur o de un Víctor Hugo.

Por una extraña contradicción, mientras todos los órganos de la prensa, o la mayoría de ellos, están de acuerdo para reclamar que la pena capital se efectúe a puerta cerrada en el interior de las prisiones, consagran columnas enteras a contarnos los últimos momentos de vulgares bandidos. Sus menores palabras quedan registradas religiosamente. Se fotografían sus menores gestos, y mientras un cordón de soldados y de agentes sitúan la multitud a distancia de la guillotina, unos

cuantos reporters privilegiados, con la benevolencia de las autoridades, se sitúan a dos pasos de la guillotina, cronómetro en mano, para calcular el tiempo que emplea el verdugo en su siniestra faena, y poder relatar los últimos estremecimientos del cuerpo que cae en el cesto.

Los periódicos ilustrados recargan la dosis. Sus grabados en colores agotan toda la gama del rojo. Ante mis ojos tengo en este momento un periódico con un grabado que representa a un señor bien trajeado que hunde su puñal en el cuello de una mujer semi-desnuda. La sangre ha salpicado las paredes de la estancia y se ostenta en grandes manchas por el suelo. Es inverosímil y grotesco, y grandemente repugnante.

Los que publican estas cosas están orgullosos de su obra. Alegan las circunstancias atenuantes. «Qué quiere, usted, nos dicen, la multitud ama los bellos crímenes. Fuerza es darle el alimento preferido». Con raciocinios semejantes es como se desencadenan todos los malos instintos y se suelta la brida a la bestialidad.

Es evidente que no todos los que